

estilo, lenguaje tan nítido, expresión tan centellante, que lo que antes de ella, ni los sabios podían entender, con su libro en la mano es de obvia comprensión hasta para las inteligencias más vulgares. Eso es ser literato, sin saber de letras; eso es ser artista, sin conocer el arte; eso, digámoslo claro, es sentir arder en la mente la llama chispeante que crea, y hervir en el corazón el fuego sagrado que calienta y vivifica. Venid, venid, los que os entusiasmáis ante el profundo talento de esos sabios, que, allende el Rhin, procrean nuevos sistemas filosóficos á cada luna y aun á cada sol. Abrid sus libros, hojead y leed. Leed, si es que podéis terminar la primera página, sin que el hastío, que provoca su ininteligible algarabía, os haga caer el libro de las manos. Cada palabra es un arcano, un enigma cada frase, cada período un misterio. ¿Por qué así? Entiendo la imprescindible necesidad, en que se encuentran esos nuevos zurcidores de herejías, de explotar la oscuridad del estilo para encubrir con ella la gusanera de sandios despropósitos, que bulle en cerebros tan contrahechos; mas á todos esos entusiastas admiradores de cabezas huecas, que se abroquelan con la oscuridad de las materias psicológicas para defender á sus patronos, contesto yo mostrándoles con el dedo el libro de las *Moradas*. Ahí tenéis esas páginas donde se desentrañan las más recónditas funciones anímicas, y son claras como las aguas de arroyo cristalino. Ahí tenéis ese libro, profundo y sublime como el que más, y que, sin embargo, lo mismo puede ser leído en el gabinete del sabio, que en el hogar del idiota; lo mismo bajo el

artesonado de fastuoso prócer, que bajo el techo pajizo de harapiento mendigo.

51. Y al llegar aquí permitid, que, tomando pie de la doctrina racionalista cuya excentricidad combato, me haga cargo de una opinión, por desgracia bastante acreditada entre el vulgo de los incrédulos. Digo entre el vulgo de los incrédulos, porque los que se precian de algún talento, y realmente le tienen, si no la rechazan con indignación, la compadecen, por lo menos, y la acogen con sonrisa de burla desdeñosa. Según ellos, Santa Teresa de Jesús fué una sublime soñadora, mas soñadora al fin. La melancolía, el histerismo, la exaltación de la imaginación, las circunstancias de raza, sexo, temperamento, educación, todo se ha amontonado y traído á cuento para explicar lo que es humanamente inexplicable, el sobrenaturalismo de su vida y de sus escritos. ¿Qué contestar á tan ridículas y extravagantes explicaciones? El sarcasmo ó el ridículo desdén del racionalista Mr. Rousselot (1) es la única respuesta que debiera otorgarse á estos fisiólogos falsos y verdaderos soñadores; mas, dejando para otros la sátira y la burla, ¿cómo es, pregunto yo, que, teniendo á la mano tantas y tan satisfactorias explicaciones de este misterio, la divergencia de opiniones entre los mismos racionalistas y el afán por

(1) Véase la obra citada *Les Mystiques Espagnols*. No quiere decir esto que yo apruebe la solución dada por este escritor al problema en cuestión; antes bien me parece tan ridícula como las que él impugna, no obstante el juicio crítico que de él hace el Sr. Canalejas.

inventar otras nuevas es cada vez mayor? Y, entrando más en el fondo de la cuestión, si el histerismo es tan fecundo procreador de grandiosas concepciones, ¿no es verdad que la Salpêtrière de París debiera ser un fecundo seminario de Teresas de Jesús? ¿Cómo, pues, hasta ahora no ha habido más que una? ¿Cómo en este siglo de magnetismo y sonambulismo, de ataques de nervios y exaltación frenética de la fantasía, nadie concibe lo que ella concibió, nadie escribe lo que ella escribió, nadie hace lo que ella hizo, nadie sueña lo que ella soñó? ¡Donosa invención, por cierto, la de estos imbéciles filosofantes, dar por causa de un prodigioso sistema doctrinal, la que, obrando hoy entre nosotros con todo el vigor de su energía, sólo produce aberraciones y desbarros intelectuales! Por el aprecio en que debéis tener vuestra estimación propia, por vuestro honor, por el respeto que debe mereceros el público, leed los escritos de la Santa antes de pronunciar juicios tan insensatos. Leed su *Vida*, y veréis, que, en vez de entregarse con impremeditado entusiasmo en los brazos del Señor que la llamaba hacia sí, el estado de aquella alma en el primer tercio de su vida religiosa fué de recelo, de sobresalto, y ¿lo diré? de tenaz resistencia á los dones sobrenaturales que por todas partes la asediaban; leed sus obras doctrinales, y oiréis resonar en casi todas sus páginas la voz de alarma contra la fantasmagoría de la imaginación y los antojos de la vanidad presuntuosa; leed, por último, sus Cartas, y estudiad en ellas aquel corazón sencillo, candoroso é incapaz, no digo de

mentir, pero ni aun de exagerar y dar importancia á cosas que en sí no la tienen. Y, si después de haber leído y meditado todo esto, perseveráis en llamarla soñadora, «soñad vosotros, os diré yo, como ella soñaba, y el pueblo, cuyo voto en tanto estimáis, la humanidad, como vosotros decís, os levantará, no lo dudéis, del polvo miserable en que os arrastráis, hasta el altar donde os adoren postradas las generaciones todas por venir.»

52. No insisto más sobre este punto, por no permitírmelo la extensión ya demasiada de este trabajo, y así paso á decir cuatro palabras sobre la forma del arrebató místico que centellea en los escritos de la Santa Madre. Para entender cuán excelente y prodigioso fué, conviene estudiar el corazón de Santa Teresa, no sólo en lo que tuvo de divino y sobrenatural, sino también en lo que tuvo de natural y humano, porque la gracia no destruye, sino que perfecciona y enaltece la naturaleza. Ahora bien, fué aquella edad para España la de los genios grandes y grandes corazones. Para mí la espada de Gonzalo de Córdoba en las márgenes del Garellano; la políglota de Cisneros salida de las vírgenes prensas de Alcalá; la tea con que Hernán Cortés pegó fuego á las naves al pisar las playas del nuevo continente; las Constituciones con que Ignacio de Loyola dotó á la Compañía de Jesús; el Crucifijo de Javier esclavizando bajo el yugo de Cristo la cerviz de un nuevo mundo; la pluma de Fray Luis de León desarrollando el grandioso pensamiento de los Nombres de Cristo; el lapiz de Herrera

trazando sobre el papel la octava maravilla del mundo; las obras de Suárez abarcando todo el saber de la escuela; el pincel, en fin, de Velázquez robando á la naturaleza todo su encantador realismo, son símbolos de otros tantos genios, arrojados por la mano omnipotente del Altísimo al suelo de España, para galardonarla los torrentes de sangre vertida por la fé en la cruzada de siete siglos que sostuvo contra el Islam. Pues bien, una de esas almas, uno de esos genios, uno de esos corazones fué el alma, el genio, el corazón de Teresa de Cepeda. Lo que fué el de Teresa de Jesús yo no sé cómo decirlo. Fingíos, no un corazón de esos que ahora llaman grandes y sólo son pozos sin suelo de lacería y egoísmo; ni tampoco un corazón de esos que ahora por todas partes pululan, gigantes para obrar el mal y enanos para obrar el bien; á veces irresolutos, á veces temerarios; fríos hoy y volcánicos mañana; sino un corazón generoso sin par, ardiente como ninguno, emprendedor como el que más: derramad luego sobre él todo el tesoro de riquezas encerradas en el abismo insondable de las divinas misericordias, y habréis entendido algo de lo que fué el corazón de Teresa de Jesús. Poned ahora este corazón bajo la influencia de una inteligencia vigorosa y en frente de su Dios. Entended bien lo que digo, en frente de su Dios. Porque el Dios de Teresa de Jesús no es el teórico Armonizador del universo, soñado por los modernos deistas, y que vive olvidado de los hombres; ni el Dios impersonal, fingido por el panteísmo conceptualista é incapaz de amar y ser amado, sino el Dios de la Iglesia Católica, personal

en su ser, personal en su acción, y personal, sobre todo, en las relaciones amorosas que sostiene con el alma. Ponedle en frente de ese Dios, padre suyo, amigo suyo, su pastor, su hermano, su esposo, que vive del amor, y que de amor moriría, si de algo pudiera morir. ¿Qué creéis vosotros que sentiría? ¿qué desearía? ¿qué haría? ¿Sabéis qué? Estallar de amor. Y estalló, en efecto, aquel volcán; y la lava de ardorosos afectos desbordóse por sus escritos, impregnándolos de unción, amor y arrebato místico; y salieron de su pluma trozos, como hasta entonces no se habían escrito, como no se han escrito hasta ahora, como jamás acaso se escribirán. ¿Queréis ver una prueba de lo que estoy diciendo? Oid cómo describe la admirable transformación del alma, que se obra en la oración de unión, cuando Dios la sube hasta el ósculo de su boca.

53. «¡Bendito seáis por siempre, Señor, alábenos
 »todas las cosas por siempre! Quered ahora, Rey
 »mío, suplicóoslo yo, que, pues, cuando esto escribo,
 »no estoy fuera de esta santa locura celestial por
 »vuestra bondad y misericordia (que tan sin mereci-
 »mientos míos me hacéis esta merced); que (lo) estén
 »todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó
 »permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad,
 »Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo,
 »ó me sacad de él. No pueda ya, Dios mío, esta
 »vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse
 »sin Vos la vieren; que, si ha de vivir, no quiere
 »descanso en esta vida, ni le déis Vos. Querría ya

»ésta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la
 »congoja, ve que se pasa el tiempo de la vida en re-
 »galo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos;
 »que parece vive contra natura, pues ya no querría
 »vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y glo-
 »ria mía, qué delgada y pesadísima Cruz tenéis apa-
 »rejada á los que llegan á este estado! Delgada porque
 »es suave, pesada porque vienen veces que no hay
 »sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver
 »libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos.
 »Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y
 »que viviendo os puede servir, querría carga muy
 »más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morir-
 »se: no tiene en nada su descanso á trueque de hace-
 »ros un pequeño servicio, no sabe qué desee, mas
 »bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos» (1).
 Y más adelante. «¡Oh, Señor mío, qué bueno sois!
 »¡Bendito seáis para siempre! ¡Alábenos, Dios mío,
 »todas las cosas, que así nos amásteis, de manera
 »que con verdad podamos hablar de esta comunica-
 »ción, que aun en este destierro tenéis con las almas!
 »Y aun con las que son buenas es gran largueza y
 »magnanimidad; en fin, muestra, Señor mío, que dáis
 »como quien sóis. ¡Oh largueza infinita, cuán magní-
 »ficas son vuestras obras! .. ¡Pues que hagáis á almas
 »que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas!
 »Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando
 »llego á pensar en esto no puedo ir adelante. ¿Dónde
 »ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias

(1) *Vida*, cap. XVII.

»por tan grandes mercedes no sabe cómo. Con decir
 »disparates me remedio algunas veces. Acaéceme
 »muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes ó
 »me las comienza Dios á hacer... decir: Señor, mi-
 »rad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes
 »males míos; ya que para perdonarme los hayáis
 »olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico
 »se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso
 »licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de
 »otras veces que lo torno á derramar. No pongáis
 »tesoro semejante donde aún no está, como ha de
 »estar, perdida del todo la codicia de consolaciones
 »de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dáis
 »la fuerza de esta ciudad y llaves de la fortaleza de
 »ella á tan cobarde alcaide, que al primer combate
 »de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto
 »el amor, Rey eterno, que pongáis en aventura joyas
 »tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para
 »que se tengan en poco, pues las ponéis en poder
 »de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y
 »de tan poco tomo; que, ya que trabaje para no las
 »perder con vuestro favor (y no es menester peque-
 »ño, según yo soy), no puede dar con ellas á ganar
 »á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruín. Parece
 »que no sólo se esconden los talentos, sino que se
 »entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis
 »Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes
 »á una alma, sino que aproveche á muchas. Ya sabéis,
 »Dios mío, que de toda voluntad y corazón os suplico
 »y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de
 »perder el mayor bien que se posee en la tierra, por-

«que las hagáis Vos á quien con este bien más aproveche y crezca vuestra gloria» (1).

54. ¡Qué sentimientos tan levantados! ¡Renunciar á lo único que la puede hacer feliz, sin lo que no puede vivir, ni alentar, ni ser! ¡Pedir al Señor que se aparte de ella, mujer y ruín, que retire sus dones, que los prodigue á otros, que quiere ser infeliz y desventurada para acrecer algo la gloria de quien tanto la ama! Esto sólo puede escribirse por un corazón endiosado, y con la pluma unguada en la sangre que mana del costado abierto de Dios. ¡Qué extraño, que, para ayudar algo al corazón en la expresión de sentimientos tan sublimes, llamase en su auxilio á la fantasía, y esta prodigase á manos llenas los símiles, acudiendo á las plantas y á las flores, á las fuentes y mares, á los gusanos de seda, á los pájaros y las mariposas, á todo cuanto es de uso familiar y conocido, para sensibilizar ideas y afectos, que casi no pueden sensibilizarse por lo sublimes que son!

55. Mas quiero notar aquí una propiedad, en la cual muchos no han parado mientes, y que, sin embargo, es, á mi juicio, la más característica del arrebato místico de la Santa: la ternura y delicadeza de los afectos, junto con un delicioso y encantador abandono en el estilo. Páginas hay en sus escritos de tan fina y conmovedora suavidad, que, para escribirlas, no basta ser literato, ni genio, ni Doctor místico; es

(1) *Vida*, cap. XVIII.

preciso ser mujer. Y es la razón, que ciertas dotes literarias, sobre todo aquellas que atañen al corazón, no se aprenden ni se adquieren, nacen con el escritor mismo, y están misteriosamente enlazadas con la organización fisiológica, que le cupo en suerte al abrir los ojos á la luz. Ni ¿cómo puede esto causarnos extrañeza, cuando tanto influyen en la educación literaria el suelo en que nacemos, las auras que respiramos, el sol que nos alumbra, las personas con quienes tratamos, el medio, en fin, en que vivimos y nos movemos? El sexo y las condiciones inherentes al organismo de la mujer, casi nunca pueden por eso ocultarse de manera, que, á través del ropaje con que se encubran, no se transparenten. Hay notas en los afectos humanos que nunca dan las fibras del corazón del hombre, ó, por lo menos, no las dan con esa limpieza y ternura propias del corazón femenino. El hombre siente, mas su sentimiento va siempre revestido de cierta virilidad que le roba en finura tanto como le comunica de fuerza y vigor. Así se explica que los escritos de la Seráfica Doctora tengan siempre un dejo de vaporoso é indefinible encanto, á cuyo influjo es imposible resistir. Y no está en las palabras, ni en las frases, ni en el período, ni siquiera en el pensamiento que expresa; es algo que bulle allí desleído, y que el alma aspira, y la recrea, y conmueve é hinche todos sus senos de suavidad, como aroma impalpable y oloroso, que se dilata por los átomos de aire que respiramos. Ved aquí una prueba de lo que estoy diciendo:

56. «Representad al mismo Señor junto con vos,

»dice en el *Camino de Perfección*, y mirad con qué
 »humildad os está enseñando, y, creedme, mientras
 »pudiéredes, no estéis sin tan buen amigo. Si os
 »acostumbráis á traerle cabe vos, y Él ve que lo ha-
 »céis con amor, y que andáis procurando contentarle,
 »no le podréis, como dicen, echar de vos. No os fal-
 »tará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros
 »trabajos; tenerle héis en todas partes... No os pido
 »ahora que penséis en Él, ni que hagáis grandes y de-
 »licadas consideraciones con el entendimiento; no os
 »pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita
 »volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no
 »podéis más, á este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas
 »muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa
 »que se puede imaginar? Si no os parece bien, yo os
 »doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas,
 »quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos
 »sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él,
 »y no ha bastado para que os deje de mirar; y es mu-
 »cho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores,
 »le miréis algunas veces á Él? Mirad que no está
 »aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino
 »que le miréis. Como le quisiéredes, le hallaréis.
 »Tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no
 »quedará por diligencia suya. Ansí, como dicen, ha
 »de hacer la mujer para ser bien casada con su ma-
 »rido, que, si está triste, se ha de mostrar ella triste,
 »y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre. Mirad
 »de qué sujeción os habéis librado, Hermanas. Esto,
 »con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nos-
 »otras; que Él se hace sujeto, y quiere que seáis vos

»la señora, y andar Él á vuestra voluntad. Si estáis
 »alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo
 »salió del sepulcro, os alegrará. Mas ¡con qué clari-
 »dad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué
 »victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de
 »la batalla, adonde ganó un tan gran reino que todo
 »lo quiere para vos! ¿Pues es mucho que, á quien
 »tanto os da, volváis una vez los ojos para mirarle?
 »Si estáis con trabajos ó triste, miradle camino del
 »huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma;
 »pues, con ser el mesmo sufrimiento, la dice y se
 »queja de ella. Y miradle atado á la columna, lleno
 »de dolores, hechas sus carnes todas pedazos por lo
 »mucho que os ama: perseguido de unos, escupido
 »de otros, negado de sus amigos, desamparado de
 »ellos, sin nadie que vuelva por Él, puesto en tanta
 »soledad que el uno con el otro os podéis consolar...
 »Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piado-
 »sos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por
 »consolar los vuestros, sólo porque os váis vos con
 »Él á consolar y volváis la cabeza á mirarle. ¡Oh
 »Señor del mundo, verdadero esposo mío! le podéis
 »vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle
 »tal, que, no sólo queráis mirarle, sino que os hol-
 »guéis de hablar con él, no oraciones compuestas,
 »sino la pena de vuestro corazón que la tiene Él en
 »mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y bien
 »mío, que queréis admitir una pobre compañía como
 »la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis
 »consolado conmigo? Pues, ¿cómo, Señor, es posible
 »que os dejan solo los ángeles y que aún no os con-

»suela vuestro Padre? Si es así, Señor; que todo lo
 »queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por
 »Vos? ¿De qué me quejo, que ya hé vergüenza de que
 »os he visto tal? Que quiero pasar, Señor, todos los
 »trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien,
 »é imitaros en algo. Juntos hemos de andar, Señor:
 »por donde fuéredes tengo de ir, por donde pasáredes
 »tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella Cruz; no
 »se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque
 »Él no vaya con tanto trabajo. No hagáis caso de lo
 »que os dijeren; hacéos sordas á las murmuraciones;
 »tropezando y cayendo con vuestro esposo, no os
 »apartéis de la Cruz ni la dejéis.» Este bellissimo trozo
 literario, lleno de sentimiento é inimitable delicadeza,
 y que no es, en último término, más que una flor
 arrancada del ramillete de sus obras, basta para
 evidenciar mis afirmaciones anteriores. Aquí huelga
 toda alabanza; todo elogio de mi pluma no serviría
 sino para deslustrar el finísimo esmalte de esa joya
 literaria. Renuncio, pues, á amplificaciones inútiles, y
 termino.

57. Mi insuficiencia y los estrechos límites á que
 se ve circunscrito el ingenio del escritor en trabajos
 de esta índole, no me han permitido explanar ciertos
 puntos, que sólo he tocado ligeramente. Consuélame
 la consideración de que los que vengan en pos de mí
 ahondarán más que yo en el conocimiento de las
 obras de la Santa, y sacarán á luz el tesoro inagota-
 ble de riquezas que en ella se encierra. Creo, no obs-

tante, que lo expuesto hasta aquí me da derecho á
 terminar esta disertación con las mismas palabras
 que la comencé. «En medio del conflicto de opinio-
 »nes que la lectura de Santa Teresa puede suscitar,
 »sobrenada siempre la verdad de un hecho, incontro-
 »vertible para todos y hasta el día de hoy incon-
 »trovertido: el mérito verdaderamente excepcional
 »que los sabios de todas las escuelas les reconocen.»
 ¡Oh! sí, todos reconocen que esta mujer se levanta en
 extremo sobre los términos comunes. Ilustre, aun
 entre aquellas cuyo nombre registra el mundo en sus
 anales, podráse disputar en cuanto al género de su
 celebridad; pero no, si la toca, allí donde la fijen, un
 lugar preeminente. Contada por los incrédulos entre
 las ilusas, la aclamarán la ilusa más insigne: será ex-
 ceptionalmente fanática ó supersticiosa para los que
 la juzguen ignorante y crédula; amable ó uraña, dócil
 á misteriosos halagos ó aquejada de mortal misan-
 tropía, donde quiera que se la clasifique, figurará como
 el más alto y acabado modelo. Su carácter se imagina
 siempre como un prototipo, su nombre se pronuncia
 como el nombre de un genio, descubierta la cabeza.

Este, con ser tan honroso, es el juicio más desfa-
 vorable que de la Santa pueden formarse el error y
 la preocupación; mas para vosotros, á quienes el sol
 de la verdad católica ilumina, para vosotros, que no
 debéis mirar á Santa Teresa á través del prisma del
 error y las opiniones preconcebidas que entebrecen
 ó desfiguran los objetos, la Seráfica Doctora debe ser
 algo más, mucho más, infinitamente más que un ge-
 nio en el mundo intelectual. Prodigios de talento ha

habido muchos; Teresas de Jesús no ha habido más que una. Y es, que el genio en ella *sólo sirvió de engaste á las perlas de preciosísimos dones, con que el divino Espíritu la embelleció*; sólo sirvió de pedestal soberbio, sobre el cual elevóse la estatua colosal de su espíritu, compendioso conjunto de las riquezas sobrenaturales, que en los senos de la divina Misericordia se atesoran. Sin ellas la gloria de esta mujer portentosa, ni puede explicarse, ni aun siquiera concebirse; y los que tal se la imaginan, irrogan á su nombre una injuria, que á sabiendas nadie puede irrogarle. ¿Que hubiera sido Teresa de Cepeda, lanzada á la profesión de escritora, sin la llama de vivísima fé que inundó de luz su entendimiento y abrasó en fuego su corazón? Como literata, acaso menos que madama Sevigné; como pensadora, menos acaso que madama Stäel. Pero el espíritu del Señor cernió las alas sobre ella, agigantó su espíritu; y la gloria de su nombre hace aparecer pigmeos los genios de las mujeres que la precedieron; la esplendente aureola de su frente anubla el esplendor de toda otra aureola. Tal es la raíz de donde germinó planta tan generosa. Así lo creyeron nuestros padres, así lo confesamos sus hijos, y así se lo enseñaremos á las generaciones por venir con nuestras palabras y nuestros hechos. Para nosotros Santa Teresa de Jesús es un astro de primera magnitud, lanzado por la mano del Omnipotente en las tinieblas del espacio, á fin de adornar el sereno cielo del astecismo católico; es un faro luminoso erigido sobre la peña viva de la verdad, para esclarecer el peligroso derrotero que guía al puerto de la mística

perfección; es el florón máspreciado de la corona con que plugo á la divina Bondad ceñir las sienes de nuestra madre patria. Sí, de nuestra madre patria, de España, que, al fin y al cabo, sangre española fué la que latió en sus venas, sol español el que la alumbró al nacer, mano española la que meció su cuna, suelo español y sólo español, el que siempre pisó; españoles los que formaron su espíritu, los que la sostuvieron en sus combates y la ayudaron en sus empresas; tierra española, en fin, y tierra salmantina, la que recibió al morir sus venerables restos, la que los conserva con orgullo, los honra con filial piedad, los enaltece con pomposas solemnidades; la que por conservarlos, honrarlos y enaltecerlos, prodigará, si necesario fuese, sus tesoros, verterá su sangre é inmolará la vida de sus hijos y su propia vida.

HE DICHO.

A. M. D. G.



B
M
C

O